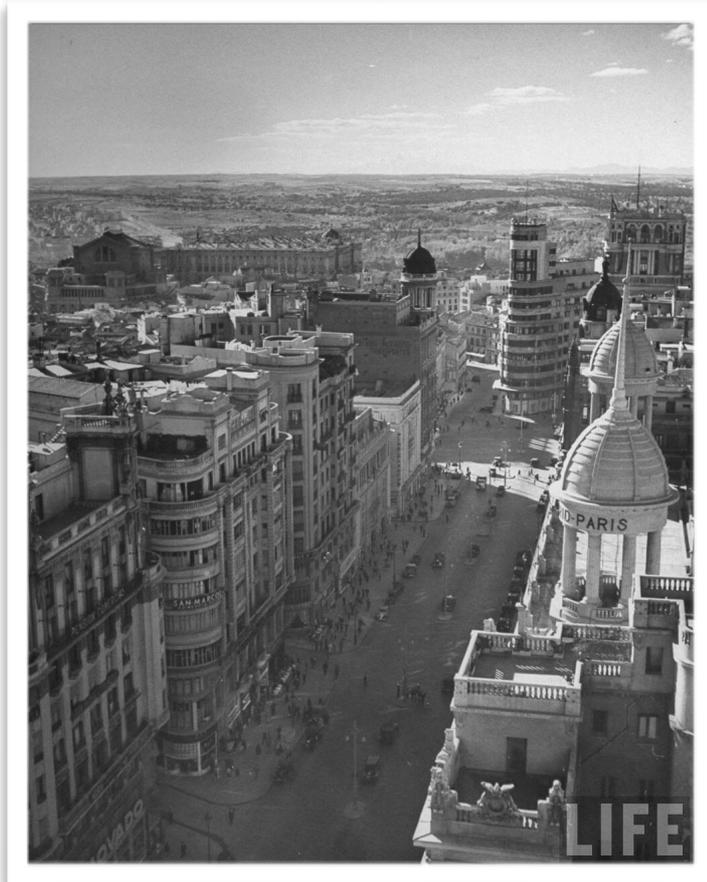


LA GRAN VÍA: MADRID, MADRID, MADRID...



¿Porqué no partir de la Cafetería Nebraska, en plena Gran Vía madrileña para conocer esta calle tan denostada como admirada por oriundos y foráneos? El crónico atasco circulatorio de la zona, acompañado por la imposibilidad de obtener una plaza de aparcamiento ni en la calle ni en los subterráneos habilitados al efecto, puede que te genere un primer shock de desagrado que el ruido de los vehículos circulando por ella, las palabras articuladas en todos los idiomas de los viandantes y la cercana posibilidad de que alguien te meta mano por detrás con la poco

sensual intención de hacerse con tu cartera no hará más que acrecentar. Así que levanta la vista –y el espíritu- y déjate seducir por esos hermosos edificios que la cortejan desde tiempo atrás. Relájate y disfruta del ambiente saturado de turistas con cámara, viandantes con prisa, prostitutas sin ligue y descuideros a lo suyo. Y piensa que esta Gran Vía, ya no tan “gran”, es una joven calle que se quedó pequeña al poco de nacer, pero que aún destila todos los tópicos que adornan a Madrid.

La Gran Vía, es una calle reciente. Tan reciente como que, hasta los tiempos del antepenúltimo Borbón por aquí no había más que callejas que no dividían como ahora hace esta arteria los barrios que llamamos de Malasaña y Chueca, con los cercanos a la Puerta del Sol. Era todo una especie de laberinto que impedía una saludable comunicación

en la creciente expansión de la Villa y ya Corte. Por entonces ya se empezaban a producir grandes atascos de tráfico en la zona puesto que Sol era el paso obligado de casi todas las mercancías y personas que pretendían desplazarse de una a otra zona de Madrid. Los barrios iban creciendo dentro y posteriormente fuera de la cerca del rey Felipe IV y la ciudad necesitaba alguna vía de circulación que desahogara un poco todo. Por eso se gestó una de las más costosas y debatidas obras de toda la historia de Madrid. Y, aunque con nuestros ojos de siglo XXI no parece que tuviera mucho éxito la creación de esta arteria, a tenor del enorme desbarajuste circulatorio que sigue produciéndose por estos pagos, hay que pensar que desde finales del XIX hasta hoy han cambiado mucho las cosas. Entonces parecía una alternativa perfecta para descongestionar el centro urbano, conectando directamente la calle de la Princesa con la de Alcalá.

El problema es que nadie se veía con ánimos suficientes para meterle mano. Se sucedieron varios proyectos, pero todos, como diríamos tontamente en nuestro tiempo, con gran coste social, dada la cafre -normal- oposición de los vecinos de la zona a que se les expropiaran todas las casas que era necesario echar abajo para hacer viable alguno de los diseños propuestos.

Pero como algo había que hacer para evitar el colapso absoluto de la ciudad, finalmente, recién estrenado el siglo XX, se aprobó el plan definitivo que facilitaría quitar a la Puerta del Sol, que también había recibido una profunda remodelación a partir de 1857 dándole algo parecido a su aspecto actual, su ya imposible protagonismo como lugar de enlace para casi todo el Madrid de entonces, en franco crecimiento. Mas o menos se trataba de generar la comunicación fluida entre el barrio de Argüelles y la zona de nuevos viales creados más allá de la Puerta de Alcalá, al tiempo que mejoraba la conexión entre las estaciones de Atocha y Príncipe Pío.

También fue una gran maniobra política tendente sobre todo a hacer desaparecer todo un enjambre de calles estrechas, malolientes y antihigiénicas que poblaban el lugar: Una excelente excusa y consecuencia para empezar a hacer de Madrid lo que no había sido nunca: una gran capital de rango europeo.

Sobre el proyecto final no se le pidió opinión a los habitantes del lugar. ¡Faltaría más! Expropiación y fuera. Y el que no estuviera de acuerdo, que se fuera a protestar a la Cibeles, como dicen los castizos. Que la cosa política no cambia.

Podemos ponernos ridículamente poéticos imaginándonos al rey de turno con su mujer, al son de la Marcha Real y de los discursos de las personalidades presentes, cogiendo una piqueta de plata que oportunamente le pusieron en la mano y arremetiendo contra la casa del cura de la Iglesia de San José, mientras los vecinos miraban con cara de funeral cómo se iban a quedar sin hogar sí o sí... Aunque más vale haberlo perdido que nunca tenido.

La obra faraónica, sólo comparable a la remodelación de toda la parte sur de la calle 30 llevada a cabo por Ruiz Gallardón como director de orquesta, fue realizada en tres tramos, cada uno con su función. Entre la calle de Alcalá y la Red de San Luís pensaron que fuera como esas calles famosas en Europa, saturadas de tiendas de lujo, tipo la Rue de la Paix, en París; la Galleria de Vittorio Emanuele II, en Milán; o Regente Street, en Londres. Luego, hasta Callao, sería como un gran bulevar, donde se abrieran los grandes almacenes, dándole así un aspecto más popular. Finalmente, hasta llegar a la actual Plaza de España, se situarían los locales de ocio, como cines, teatros y salas de fiestas, entre otros. Todo ello salpicado de edificios de oficinas, algunos hoteles y pocas viviendas.



En fin, todo moderno, eficiente y despejado.

Fue una auténtica obra titánica... De hecho los trabajos de ejecución duraron hasta después de la Guerra Civil del 39, cuando el bando ganador remató la faena con una completa recreación de la Plaza de España, en el extremo opuesto a la calle de Alcalá, incorporando dos de los más señeros edificios de Madrid: el Edificio España y la Torre de Madrid.

Por supuesto, su nombre original no fue Gran vía. Eso vino después. En realidad a esta calle le han dado más nombres que a la Chelito, según el color que tuviera quien manejara sus intereses y los del país (por ese orden). Para evitar conflictos, incluso se denominó con diferentes apelativos a cada uno de los tramos. Y así pasaron placas con títulos tan diversos como Eduardo Dato, Pí y Margall, Conde de Peñalver, o los más comprometidos de Avenida de Rusia, Avenida de la Unión Soviética, Avenida de la CNT o Avenida de José Antonio, hasta que un día llegó a la Casa de la Villa el viejo profesor, Enrique Tierno Galván, y seguramente pensando en aquello de que buena es la pelea ganada, pero mejor la evitada, dijo: llámese Gran Vía, a secas.

Y todos contentos...

Antonio Fuster Juárez.